

Le parecía imposible que se hubiese aventurado á una lucha para la cual la Francia le había privado de grandes recursos.

Nada sin embargo era más cierto.

Maximiliano había salido á hacer la campaña del interior.

Voy á referir su salida y los hechos que se verificaron poco antes y despues de ella.

CAPÍTULO XV.

Estado que guardaban las fuerzas imperialistas y republicanas y número de gente que tenían.—El general D. Francisco Velez se levanta contra el imperio.—Descripcion de la ciudad de Querétaro.—Sale de Méjico Maximiliano hácia Querétaro para ponerse al frente del ejército.—Tiene el emperador en el camino dos escaramuzas con las fuerzas republicanas.—Da una proclama el emperador en San Juan del Río.—Llega Maximiliano á Querétaro, y es recibido con mucho entusiasmo.—Pide el general Marquez artillería y municiones á Méjico desde Querétaro.—Llega el general Mendez con su brigada á Querétaro, y sale á recibirle el emperador.—Pasa el general Miramon revista á las tropas de Querétaro.—Publica Miramon una enérgica proclama.—Cita Maximiliano á los generales á una junta de guerra.—Se resuelve en la junta de guerra salir en busca de las fuerzas republicanas.—Manifiesta el emperador á los generales, que confía el mando de las tropas á D. Leonardo Marquez.—Se cree pospuesto con ese nombramiento el general Miramon, y dirige una carta al emperador.—Contestacion del emperador á la carta de Miramon.—Segunda carta de éste á Maximiliano.—Algunas inexactitudes en que incurre en ella.—Se celebran en Querétaro exequias fúnebres por el descanso del alma de D. Joaquin Miramon.—Desaprueba oficialmente el emperador la conducta de D. Miguel Miramon desde que se abrió la campaña.—Da un convite Maximiliano á los generales y principales jefes.—Algunas noticias biográficas respecto de algunos generales.—Hace saber el emperador á los generales y jefes en junta de guerra que la salida se efectuaría el 26.—Alocucion del general Mendez á su brigada.—Suplican los queretanos al emperador que no deje sola la ciudad.—Se aplaza la salida.—Se levantan obras de fortificacion en Querétaro.—Comunicacion del ministro Láres al general Marquez sobre las dificultades de enviar de Méjico artillería y municiones á Querétaro.—Carta del emperador al padre Fischer.—Carta del emperador al capitan de marina Schaffe.—Algunas observaciones respecto de varios párrafos de esas cartas.—Marchan los ejércitos republicanos sobre Querétaro.—Se ponen en combinacion los generales republicanos Escobedo y D. Ramon Corona para acercarse á Querétaro.

1867.

Continúa el mes de Febrero.

1867. El ejército francés no tenía ya en el interior del país ni un solo soldado.

Casi todos los batallones de que se componían navegaban de vuelta á su patria.

Únicamente faltaban por embarcarse los últimos cuerpos que habían formado la retaguardia y el mariscal Bazaine.

El embarque de estos cuerpos, alojados en los principales cuarteles de Veracruz, debía verificarse de un momento á otro.

El trono de Maximiliano quedaba, pues, completamente abandonado por la corte de las Tullerías que se había comprometido solemnemente á sostenerlo.

El gobierno de D. Benito Juárez recibía la protección del gabinete de Washington que, sin pomposas promesas, se había propuesto hacer triunfar el sistema republicano.

El ejército liberal, marchando á corta distancia del ejército francés desde que este recibió orden de concentrarse para regresar á Francia, había ido ocupando casi todas las poblaciones.

Todos los puertos, á excepcion del de Veracruz, estaban en poder de las tropas republicanas.

El general D. Mariano Escobedo se hallaba en San Luis Potosí con numerosas tropas, y era dueño de los Estados del Norte que habían quedado sin un solo soldado imperialista.

El general D. Ramon Corona se hallaba en posesion de todo el Estado de Jalisco, inclusa su capital Guadalajara.

El general D. Nicolás Régules, auxiliado por las tropas enviadas por Corona, dominaba el Estado de Michoacan, á excepcion de su capital Morelia.

El general D. Vicente Riva Palacio ocupaba la importante poblacion de Toluca, capital del Estado de Méjico.

El general D. Porfirio Díaz poseía todo el Estado de

Oajaca, inclusa su capital, siendo sus tropas dueñas del camino que conduce desde las puertas de Méjico á Córdoba, así como de las poblaciones que se encuentran en su tránsito, á excepcion de Puebla únicamente.

El general Antillon era dueño de la rica ciudad de Guanajuato, así como de la mayor parte de las poblaciones del Estado del mismo nombre; y los generales D. Pedro Baranda, García y otros que operaban en la Costa, dominaban el Estado de Veracruz teniendo en continuo jaque hasta el mismo puerto.

1867.

Febrero.

En todas partes aparecían nuevos caudillos á combatir contra el imperio. En el Estado de Méjico se lanzó á la lucha el general D. Francisco Velez. Había pertenecido siempre al partido conservador; pero desde que se presentó el ejército intervencionista, se separó del ejército y se retiró á la capital á vivir en el hogar doméstico, sin mezclarse en la política. Así permaneció durante la intervencion, habitando en la pintoresca Rivera de San Cosme, punto de los más amenos de la capital, hasta que emprendido el regreso de las tropas francesas á Francia, determinó combatir en las filas republicanas. Tomada su resolucion, salió de Méjico sólo, reunió alguna gente en los pueblecillos inmediatos, se hizo de algunas armas y caballos, vió agregarse á su fuerza otras cortas partidas que conociendo su capacidad querían militar bajo sus órdenes, y creándose recursos de la manera ménos molesta para los pueblos, pues su honradez y caballerosidad no le permitían obrar de un modo que no fuese digno, empezó la campaña contra el imperio, combatiendo así á los que habían sido sus compañeros de ar-

mas antes de la intervencion y de la ereccion de un trono. Esto ha dado motivo á que D. Alberto Hans, en su obra intitulada «Querétaro,» le haya juzgado de una manera poco justa, aunque de la mejor buena fé, dándole el epíteto de «tránsfuga,» asentando, equivocadamente, que «había servido al imperio; pero que al último momento, cuando vió partir las tropas francesas, se disgustó con Miramon, con motivo de un plano, y con pretexto de ese disgusto fué á ofrecer su espada á los republicanos.» Repito que D. Alberto Hans sufre en esto un error. D. Francisco Velez combatió en las filas conservadoras contra los liberales hasta la llegada de la intervencion. Era conservador, pero adicto al sistema republicano, que es el que hasta entonces había regido á los dos partidos; y al ver que sus antiguos compañeros adoptaron la monarquía, se separó de sus filas por no ser adicto al sistema monárquico. No habiendo, pues, servido al imperio, como me consta que no sirvió, sinó que vivió retirado en la capital, no le corresponde, de ninguna manera, la calificacion de *tránsfuga*, que por no estar bien informado de los hechos le aplica el expresado D. Alberto Hans. Combatió contra D. Benito Juarez mientras no se tocó al sistema republicano; y se puso á su lado cuando, retirada la intervencion, vió que aun se trataba de que continuase el sistema monárquico que nunca quiso aceptar (1).

(1) El recomendable escritor méjicano D. Manuel Payno, en una nota que puso á la obra de D. Alberto Hans, traducida en Méjico por D. Lorenzo Elizaga, hace varias observaciones, manifestando que el expresado Hans se equivocó al

1867. El número de las fuerzas con que contaba el ejército de D. Benito Juarez en esos momentos en los diversos Estados, no bajaba de cuarenta mil

juzgar a D. Francisco Velez; pero como al hacer la ratificacion histórica, hace algunas apreciaciones respecto de otros compañeros antiguos de armas de su defendido, pertenecientes al partido conservador y que murieron defendiendo sus principios políticos, me juzgo en el deber de manifestar que en ellas ha padecido algun error. Defendiendo á Velez del cargo de que se había separado del partido conservador, dice que «*quizá* Osollo y el mismo Miramon se vieron lanzados en las filas del partido reaccionario (una de las denominaciones que se daban al conservador) por uno de aquellos acontecimientos independientes de la voluntad del hombre, y una vez en ese camino que les proporcionaba una posicion y una preponderancia entre multitud de hombres ancianos, tímidos é incapaces de lo que se llama accion, no era fácil retroceder. Uno de los proyectos de Osollo cuando las ocurrencias del año de 1857, era tranzar con el partido liberal y sacar tres ó cuatro millones de pesos en efectivo al clero, para capitalizar los empleos á muchos militares, y quitar este pretexto personal á la guerra civil. Quizá por esto y por la manera dura con que se expresaba en contra del clero y de todos los frailes, se susurró que había muerto envenenado en San Luis.»

Yo que creo que no se debe juzgar de la opinion de los hombres por un *quizá* sinó por sus hechos y por la firmeza con que defienden sus principios, puedo asegurar que el señor Payno sufre una equivocacion al hablar del pundonoroso general D. Luis Osollo. Traté mucho y muy intimamente á ese notable militar méjicano; fuimos excelentes amigos, y jamás le oí expresarse mal de ningun ministro de la religion católica. Por el contrario, les profesaba profundo respeto, porque á la vez que valiente, era sumamente religioso. Nada prueba más esta verdad, así como que pertenecía al partido conservador, por conviccion, que el no haber admitido las brillantes proposiciones que le hizo Comonfort cuando este se hallaba en el poder y aquel en el destierro y la miseria, y el que en las últimas horas que precedieron á su muerte, acaccida en San Luis Potosí en Junio de 1858, á causa de una fiebre tifoidea. Cuando conoció que se acercaba el fin de su vida, pidió un confesor á quien confesó sus culpas, y despues recibió el Santo Viático. Católico ferviente, suplicó que le llevasen una imágen de la Purisima Concepcion, y al presentársela y tenerla en sus manos, le dirigió una breve pero ferviente deprecacion que concluyó con estas palabras: «¡Madre mía, sin ningun interés ni aspiracion, he defendido los derechos de mi patria y los de tu Hijo; ahora á tí te corresponde pedirle que me lleve á tu reino.» Algunas horas despues manifestó deseos de ver á D. Pedro Borajas, obispo de San Luis, para que le auxiliase en sus últimos instantes. El prelado obsequió su deseo, y Osollo espiró pronunciando palabras llenas de fé cristiana.

hombres; pero en caso de necesidad podía aumentarse fácilmente su cifra por el sistema de leva con que era costumbre hacer el reclutamiento (1).

El gobierno imperial se hallaba en posesion de la ciudad de Veracruz, en que tenía una fuerza de quinientos hombres al mando del general Perez Gomez; de la de Puebla, guarnecida por dos mil quinientos hombres, á las órdenes del general D. Manuel Noriega; de Méjico en que había cinco mil hombres; de Morelia en que el general D. Ramon Mendez reunía una fuerza de tres mil quinientos soldados; y de Querétaro, en que el general Mejía contaba con una division de dos mil hombres.

La fuerza total, pues, con que se hallaba el emperador Maximiliano para defender su trono, sólo ascendía á trece mil quinientos hombres.

La situacion del imperio nada tenía, como se ve, de risueña.

Despues de la derrota sufrida por D. Miguel Miramon en San Jacinto y de la retirada del general D. Severo del Castillo á Querétaro, de esperarse era que las fuerzas de los generales republicanos D. Mariano Escobedo y de don Ramon Corona marchasen sobre la expresada ciudad, como tenían orden del presidente D. Benito Juarez para verificarlo antes de que el general D. Tomás Mejía tuviese tiempo de fortificar la ciudad y reunir en ella las tropas suficientes para defenderla.

(1) El escritor republicano D. Pedro Pruneda dice que «el total de las fuerzas juaristas se elevaba á más de sesenta mil hombres;» pero segun me han asegurado personas bien informadas, su número era el que yo dejo asentado.

La victoria alcanzada por el general imperialista don Severo del Castillo el 4 de Febrero en la hacienda de la Quemada, retardó esa marcha, pues el general republicano D. Mariano Escobedo tuvo que tomar nuevas disposiciones en San Luis Potosí, antes de dirigirse á la plaza indicada.

Querétaro era el punto en donde debían reunirse las fuerzas imperialistas que habían operado en diversos Estados para hacer frente á las tropas republicanas de Escobedo y de Corona. Las órdenes para esa concentracion habían sido ya expedidas á diversos generales, siendo uno de ellos D. Ramon Mendez, que operaba en el Estado de Michoacan.

La ciudad de Querétaro, capital del Estado del mismo nombre, se halla á distancia de cincuenta y siete leguas de Méjico. «Está situada,» dice hablando de ella D. Juan de Dios Arias, «en un punto en que los últimos ramales de la Sierra-Madre, formando una de tantas cañadas, comienza por la parte N. N. E., en una loma, cubierta de un lado por pequeñas colinas que forman la cañada del Norte; y por el otro lado, con la falda del cerro Cimatarío y las demás pequeñas montañas que ascienden á la serranía, y termina hácia el Sur en la gran meseta, donde se extienden sus fertilísimos valles precisamente, en el camino que conduce de Méjico á Celaya para el interior del país. Sobre el mismo camino hácia el Poniente, y á ménos de mil metros de donde termina la poblacion, se levanta un pequeño promontorio llamado Cerro de las Campanas, cuya cima se hallará á veintidos metros sobre la parte más baja de la ciudad, altura suficiente para do-

minarla y dominar las colinas y llanuras por todos sus vientos».

Como punto de defensa no presenta Querétaro ventaja alguna, pues además de los cerros que la dominan, entre los cuales se encuentran el de Carretas y el de San Gregorio, es una ciudad enteramente abierta; pero es de grande importancia militar bajo el punto de vista estratégico, pues es la llave para el valle de Méjico, que ningún ejército que avance del interior á la capital, podría dejar á la retaguardia. El número de habitantes asciende, segun la obra de geografia escrita por el mejicano don J. M. Bárcena, publicada en 1865 para que sirviese de texto á la enseñanza elemental de geografia en los establecimientos de instruccion pública de aquel país, á cuarenta y siete mil seiscientos setenta; pero hay escritores que asientan, que apenas tendrá treinta mil (1); otros que calculan que constará de treinta y cinco á treinta y seis mil (2); y el príncipe D. Felix de Salm-
1867. Febrero. Salm que, aproximándose más al autor de la expresada obra de geografia, aprecia el número de habitantes, de cuarenta á cincuenta mil. El Estado tiene por límites, al Norte, San Luís Potosí; al Este, el Estado de Méjico; al Sur, el de Michoacan, y al Oeste, el de Guanajuato. Su superficie es de cuatrocientas sesenta y dos leguas cuadradas, y su poblacion de 180,161 almas.

(1) «Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio», por D. Ignacio de la Peza y D. Agustín Pradillo.

(2) D. Juan de Dios Arias: «Reseña histórica de la formacion y operaciones del cuerpo de ejército del Norte.»

Designada la ciudad de Querétaro como punto para la reunion de las tropas imperialistas que debían operar en el interior bajo la direccion de los generales Miramon, Marquez y Mejía, el emperador Maximiliano quiso participar del peligro de aquella campaña que se consideraba como la más difícil. Dominado por este pensamiento, hizo que á las ocho de la mañana del 11 de Febrero llamasen al general D. Leonardo Marquez. Acudiendo este al llamamiento del soberano, le encontró en su despacho hablando con el padre Fischer. El emperador le hizo saber entonces que tenía dispuesto marchar á Querétaro y dejarle en Méjico como su Lugarteniente. El general don Leonardo Marquez dió las gracias al monarca por la honra que le hacía con aquel nombramiento, pero se negó con el mayor respeto á aceptar el elevado puesto con que trataba de distinguirle, y le suplicó que en vez de conferirle aquel honroso cargo, le llevase á la campaña. El emperador quedó prendado de aquel desprendimiento del favorecido general, y le preguntó que le dijese la persona que, en su concepto, debía dejar en su lugar. El general don Leonardo Marquez manifestó que le parecía muy á propósito D. Teodosio Láres que reunía á la honradez el saber y los conocimientos de los asuntos de gobierno, la estimacion de la sociedad. Maximiliano encontró acertadas las reflexiones del general Marquez, y aceptó su idea. En esos momentos entraba D. Teodosio Láres en el despacho en que se estaba tratando aquel asunto delicado, y el emperador le hizo saber la resolucion que había tomado. Poco despues fueron llegando, llamados tambien por el soberano, varios funcionarios públicos, personas muy

1867. respetables, y D. José María Lacunza, presi-
 Febrero. dente del Consejo de Estado. Informados por el emperador de la determinacion que había tomado de partir para Querétaro, muchos procuraron disuadirle de su intento con razones de bastante solidez. D. José María Lacunza especialmente le hizo observaciones muy importantes para que permaneciese en la capital, dejando la campaña á sus activos generales; pero estaba tomada su resolucio[n]; declaró que había meditado maduramente sobre el paso que daba; que estaba enteramente decidido, y no hubo nada que pudiera hacerle desistir de su empeño. Juzgaba que la presencia del soberano alentaría más y más el espíritu de las tropas y reviviría la amortiguada fé en los pueblos, y no quiso desentenderse de lo que creía un deber del soberano. Sus elevados sentimientos de caballero además se revelaban contra la idea de que se pudiera creer en ningun tiempo, que había permitido que otros derramasen su sangre en defensa de su trono, sin que él les hubiese ayudado por sí mismo en la empresa.

Algunos han creído que la determinacion del emperador en marchar á Querétaro para ponerse al frente de las tropas, fué motivada por las noticias que, en concepto de ellos, debió darle el comisario del ejército D. Domingo Pazos, que había salido de aquella ciudad para poner en su conocimiento las proposiciones que por algunos se habían hecho á D. Miguel Miramon, como dejo referido en su lugar correspondiente. Pero esa creencia desaparece con una observacion. D. Miguel Miramon, como queda referido, llegó á Querétaro, despues

de su expedicion á Zacatecas, el 8; suponiendo que en el mismo día se le hubiese hablado para que desconociese al emperador, la noticia de la proposicion que se le había hecho no era posible que la supiera el comisario del ejército D. Domingo Pazos, hasta el día 9, por lo reservadamente que se tratan esos asuntos. Ahora bien, concediendo que en ese mismo día 9 se hubiera puesto en camino el expresado comisario del ejército, no era posible que en sólo las horas que quedaban de ese día y en las del siguiente día 10, anduviera á caballo ni en carruaje, cincuenta y siete leguas que hay desde Querétaro á Méjico. Que la resolucio[n] del emperador fué anterior al día en que pudo llegar á la capital D. Domingo Pazos, se ve en que á las ocho de la mañana del 11 se habían reunido en su despacho las personas á quienes había citado para dar-

1867. les noticia de que iba á partir; se debe supo-
 Febrero. ner, por lo mismo, que, por lo ménos, la decision de marchar á Querétaro, la hubiese tomado el día 10, pues de otra manera no hubiera podido asegurar, como aseguró, «que lo había pensado mucho.» Además, á haber recibido la noticia, la hubiera comunicado á sus ministros y consejeros, los cuales, segun se deduce de lo que se habló en la conferencia referida, nada sabían. Por otra parte no era posible que el emperador que se había quedado en el país porque no se dijese en ningun tiempo en Europa que abandonaba á los que le llamaron, tuviese empeño en continuar en el trono que había querido dejar, marchando á evitar un pronunciamiento desconociéndole por soberano. Precisamente á tener noticia de que se trataba de desconocerle por los que le llamaron, debió de-